

LA LINGÜÍSTICA Y SU OBJETO DE ESTUDIO

Héctor H. G. Velásquez

En las líneas que siguen, se tratará de presentar algunas reflexiones sobre la situación actual de la Lingüística en tanto ciencia humana ocupada de un determinado sector del saber científico. Se presentará, inicialmente, una visión panorámica de los antecedentes históricos del actual estado de los estudios sobre el lenguaje; este último será caracterizado, a continuación, a partir de la noción de paradigma científico en el sentido propuesto por Thomas Kuhn, i.e., ciertos principios básicos acerca de qué tipo de problemas caen dentro del dominio de una ciencia y qué clase de respuestas son aceptables y cuáles no. Se revisarán algunos de los problemas derivados de la coexistencia paralela de paradigmas diversos y la posibilidad de encontrar vías de acercamiento y diálogo entre ellos a partir de una perspectiva interdisciplinaria¹.

EL “OBJETO PERDIDO” DE LA LINGÜÍSTICA

La creencia general habitual entre no lingüistas supone que el objeto de estudio de esta ciencia es un fenómeno relativamente obvio, a saber, el lenguaje. La Lingüística podría definirse sin más como la ciencia que estudia el lenguaje.

Quizá cabría añadir que se trata del lenguaje humano, aun cuando las investigaciones acerca de la comunicación animal podrían no resultarles completamente ajenas. Para un lingüista, sin embargo, el problema no es tan sencillo. Una primera aproximación al panorama actual de las investigaciones sobre el lenguaje humano ofrecería a primera vista una división en “escuelas” o “corrientes” tales que no se ocupan de aspectos diversos de una misma realidad, la que les serviría de referente común, sino que, por el contrario, pretenden englobar en sí mismas la totalidad de la investigación “legítima” acerca del tema (lo que implica habitualmente considerar como no válida la corriente ajena). Cabría preguntarse a qué se debe tal situación. ¿Es la Lingüística una ciencia con un objeto único? Son varios los objetos que actualmente reclaman para sí el título de “objeto de la Lingüística” y ellos son, por lo general, incompatibles entre sí. ¿Cómo optar por uno u otro camino? Estos problemas no son triviales para un lingüista y afectan directamente su propio

quehacer en la medida en la que lo enfrentan a una disyuntiva que no siempre es resuelta de una sola y definitiva vez.

Una primera constatación en la dirección del problema puede llevarnos a notar la extrema complejidad del objeto nominal, el “lenguaje humano”; en efecto, los hechos del lenguaje presentan permanentemente aspectos diversos: sociales, individuales, psicológicos, fisiológicos, históricos, geográficos, comunicacionales, etc. No es difícil que, frente a esta complejidad, las diversas concepciones del objeto opten por privilegiar tal o cual aspecto del mismo para orientar su propia investigación. Por otro lado, los presupuestos epistemológicos subyacentes a una manera particular de entender el quehacer científico en general incluyen de manera decisiva en la elección de los factores pertinentes para la aprehensión del objeto. Para presentar en detalle cómo ocurre esto en la Lingüística de hoy, se adoptará aquí, por razones de orden, una mínima perspectiva histórica de la reflexión que, acerca del lenguaje, ha antecedido a este actual estado de cosas².

ANTECEDENTES DE LA LINGÜÍSTICA

Para limitarnos a Occidente, cabe indicar que ya en los filósofos griegos se manifestaba un interés por el fenómeno del lenguaje, el que podría representarse, por ejemplo, en el *Cratilo*. La oposición entre naturalidad y convencionalidad en el lenguaje ya se presentaba entonces y ambas posiciones conocieron defensores y detractores. Por entonces, madura la noción de gramática, si bien se la consideraba más como una herramienta para otros fines -retóricos, por ejemplo- que como un estudio válido por sí mismo. Las gramáticas latinas antiguas se usaron profusamente en la Edad Media; esta época aporta a su vez valiosas discusiones acerca del significado a partir de la escolástica aristotélica. El Renacimiento, por su parte, aportó una preocupación creciente por las lenguas vernáculas europeas que marchó paralela con un renovado gusto por las lenguas clásicas de la Antigüedad. La reflexión filosófica racionalista, por su parte, planteó las primeras preocupaciones universalistas en relación con el lenguaje y se animó a proponer rasgos universales, fuertemente ligados con la lógica. Posteriormente, el impulso del romanticismo llevó a acentuar las diferencias entre las “lenguas nacionales”, lo cual significó el descrédito de la pretensión de universalidad, a la vez que dio origen a la noción de “genio de la lengua”, idea que está en la base de los posteriores estudios comparatistas.

La Lingüística como una ciencia explícitamente independiente aparece, justamente, en el marco de la llamada Gramática Comparada del siglo XIX. Se trata de una

época caracterizada por la búsqueda de un “orden” en la actividad científica bajo el doble impulso del positivismo filosófico y del evolucionismo de las ciencias naturales. Las consideraciones iniciales de la gramática comparada suponían que existía una analogía entre los organismos vivos y las lenguas, lo cual se tradujo en un interés central por la evolución de éstas. En la segunda mitad del siglo, sin embargo, se acentúa el carácter histórico y convencional de las lenguas, aunque la perspectiva fundamental sigue siendo la búsqueda de los orígenes históricos y el camino recorrido por las lenguas en el transcurrir del tiempo. Esta manera de entender los hechos lingüísticos produjo frutos sumamente interesantes e intuyó la importante noción de sistema, sin llegar, empero, a desarrollarla suficientemente.

A fines del siglo XIX e inicios del XX, la impresión era la de una atomización de los trabajos sobre el lenguaje y la de la necesidad de un nuevo ordenamiento, pero esta vez desde el interior de la propia actividad lingüística.

LA LINGÜÍSTICA MODERNA

Éste es el contexto en el que hay que ubicar la importante contribución de Ferdinand de Saussure, a quien muchos lingüistas de nuestro siglo no han dudado en considerar como el fundador de la Lingüística Moderna. Con particular lucidez, Saussure recoge una inquietud que seguramente era compartida por muchos investigadores de la época y se pregunta, sin rodeos, por el objeto “a la vez integral y concreto” de la Lingüística³. Reconoce que hay una enorme dificultad para responder a esa pregunta, ya que el lenguaje es “multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios” y, por lo tanto, “no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos”⁴.

Se da cuenta de que “en ninguna parte se nos ofrece entero el objeto de la Lingüística. Por todas partes topamos con este dilema: o bien nos aplicamos a un solo lado de cada problema, con el consiguiente riesgo de no percibir las dualidades arriba señaladas, o bien, si estudiamos el lenguaje por muchos lados a la vez, el objeto de la Lingüística se nos aparece como un montón confuso de cosas heterogéneas”⁵. Esta diafanidad en el planteamiento del problema metodológico fundamental para su ciencia bastaría para asegurar a Saussure un lugar especial en la historia del pensamiento lingüístico. Sin embargo, la respuesta que propone para solucionar las dificultades anotadas tiene también, por sí misma, una enorme trascendencia para la reflexión sobre el lenguaje en el presente siglo. En efecto, propone Saussure que en el conjunto heteróclito de hechos del lenguaje debe

LA LINGÜÍSTICA Y SU OBJETO DE ESTUDIO

distinguirse un aspecto social, exterior al individuo, que configura un sistema de oposiciones puras tal que asegura la comunicabilidad a los miembros de una comunidad de hablantes. Llama a este constructo *lengua* y lo erige como el verdadero objeto de estudio de la ciencia del lenguaje.

EL PARADIGMA ESTRUCTURALISTA

La noción saussureana de *lengua* servirá de base para la idea de *sistema* a la cual la posterior corriente estructuralista propondrá como objeto de estudio para la Lingüística. El sistema se concibe como una abstracción a partir de los hechos realmente observados y se lo concibe como un orden homogéneo y estructurable, siempre exterior al individuo y de naturaleza esencialmente social, por oposición a lo individual. Además, se entiende que el sistema es invariante, esto es, los factores de variación (tales como por ejemplo la diversidad de dialectos o sociolectos al interior de una lengua) son accidentales y secundarios, no formarían parte de lo central de una teoría lingüística. A pesar de sus diferencias metodológicas, es éste el paradigma de fondo que puede percibirse en los trabajos de los formalistas rusos, los glosemáticos daneses o en el posterior funcionalismo francés. No obstante la importante matización introducida por Coseriu a través de la noción de norma, las investigaciones realizadas sobre la base del paradigma estructuralista aquí esbozado, -al menos en las versiones más ortodoxas- siguieron considerando al sistema como el “verdadero” objeto de estudio de la Lingüística, relegando a un segundo plano tanto los factores referidos a la variación cuanto los factores psicológicos individuales subyacentes a la generación de enunciados (a estos últimos se les reconocía la existencia, habitualmente, pero se les dejaba de lado por carecer -se decía- de medios apropiados para una adecuada observación científica).

Por otro camino, el llamado estructuralismo americano, aunque heredero de una tradición entroncada con lo etnológico y cultural (Boas, Sapir), propone por su parte como objeto de estudio de la Lingüística un complejo sistema de hábitos cuya interiorización en el individuo se produciría por la interacción con los factores del ambiente; en particular, los de índole social. También aquí el sistema es exterior al individuo y su cristalización como un saber interno individual fue considerada como inobservable, dada la base psicológica de tipo conductista que sustentaba este punto de vista. Es el caso de Bloomfield, cuya influencia en la Lingüística norteamericana es de algún modo comparable a la que ejerció en su momento el pensamiento saussureano en Europa.

Esta consideración del lenguaje como una conducta más, no diferente en lo esencial de otras formas de conducta, recibe una formulación especialmente polémica hacia fines de la década de los cincuenta a través de las propuestas del psicólogo B. F. Skinner, quien planteó un esquema de estímulos, respuestas y reforzamientos como el mecanismo básico para entender y explicar la adquisición y desarrollo del lenguaje. Precisamente, como reacción fuertemente crítica frente a Skinner aparecen en el horizonte de la Lingüística las primeras ideas de índole generativista, las cuales llegaron a ser consideradas posteriormente como una auténtica “revolución” en el campo de los estudios sobre el lenguaje.

EL PARADIGMA GENERATIVISTA

Con la figura de Noam Chomsky como la cabeza visible y más representativa de esta corriente, el generativismo propone que lo central de una teoría lingüística no es la lengua exteriorizada, que habría sido estudiada por conductistas y estructuralistas como único objeto de estudio válido, sino más bien la lengua interiorizada, esto es, el saber lingüístico de tipo mental/cerebral que posee una persona que habla y entiende una lengua natural. Se llamó a este conocimiento *competencia* y se propuso a ésta como el nuevo objeto de estudio para la ciencia del lenguaje. Reclamándose explícitamente como herederos del racionalismo lingüístico del siglo XVIII, Chomsky y sus seguidores se propusieron encontrar los rasgos universales del lenguaje, rasgos que estarían en la base de una facultad exclusivamente humana, la de adquirir un lenguaje natural, a la cual se llamó facultad del lenguaje. A su vez, tales rasgos configurarían una Gramática Universal (GU) la que estaría representada biológicamente y se transmitiría por la vía genética. La competencia, a su vez, sería representable teóricamente por medio de reglas subyacentes a los enunciados y remisibles, en última instancia, a posibilidades de algún modo previstas en GU. Por último, en la formulación de la competencia como objeto de estudio de la Lingüística se hace explícitamente una idealización; aquélla es una característica, se afirma, de un “hablante/oyente ideal” al que se concibe inmerso en una comunidad homogénea en el sentido de que la variación no tiene ninguna -o muy escasa- relevancia. En este aspecto, su actitud es semejante a la del paradigma estructuralista ortodoxo, al privilegiar lo invariante como auténtico objeto de estudio. No obstante esta coincidencia accidental, el generativismo se caracterizó, desde sus propuestas iniciales, por una casi total descalificación de la investigación de base estructuralista, al punto de ignorar sus contribuciones en una suerte de ‘refundación’ de la Lingüística a partir de cero (o más bien, a partir de las intuiciones racionalistas del siglo XVIII). Si a ello añadimos el

correspondiente cambio metodológico, cuya manifestación es una terminología totalmente distinta y el empleo un aparato formal que ha sido muchas veces vinculado con la lógica y la matemática, podemos entender por qué se habla aquí del surgimiento de un paradigma distinto, el paradigma generativista, que entrará en fuerte oposición con el paradigma estructuralista previo⁶.

CONSECUENCIAS Y REACCIONES

El conflicto entre estas dos maneras de entender el quehacer lingüístico ha sido constante desde la afirmación del paradigma generativista y ha llevado a una situación tal que la labor de los lingüistas adscritos a una u otra corriente es totalmente paralela; la prácticamente nula intertraductibilidad terminológica ha bloqueado las posibilidades de diálogo, dando lugar con ello a una situación que podría ser calificada de crítica.

Hacia el último cuarto de siglo, una reacción importante frente al generativismo proviene de la llamada sociolingüística. Aunque es creciente el número de investigaciones que siguen esta orientación básica, es quizá prematuro hablar de la aparición de un nuevo paradigma. Su crítica se centra en la exclusión por parte de los generativistas de los hechos sociales de variación del centro de interés de la Lingüística. William Labov, quizá el más representativo de los autores de esta línea de pensamiento, rechaza incluso el término “sociolingüística” por considerarlo redundante; para él, no hay posibilidad de hacer Lingüística tal que no sea social. Este nuevo énfasis sobre los factores de variabilidad como esenciales y no accesorios respecto del lenguaje corre aparejado con un aparato formal de acercamiento a lo variable del que no se disponía antes. Algunos de los desarrollos de esta tendencia se han preocupado incluso de la vinculación entre los hechos del lenguaje y las relaciones de poder y dominación al interior de una sociedad dada, no como complemento sino como eje de toda investigación sobre el fenómeno lingüístico.

Otra reacción frente a lo que se considera el reduccionismo de los paradigmas mencionados enfatiza los factores comunicativos, contextuales y situacionales; es el caso de la pragmática o pragmalingüística y de la llamada lingüística del texto. Para estos enfoques, la esencia del lenguaje es inseparable de una práctica concreta de uso individual (un *ego*, un *hic*, un *nunc*), lo que los acerca a ciertos planteamientos de la semiótica y a algunas reflexiones lingüísticas provenientes de la filosofía analítica. Estos desarrollos son, ciertamente, todavía incipientes en relación con los paradigmas mencionados⁷.

El panorama esbozado hasta aquí parecería mostrar un campo de estudio inconexo y casi caótico, en el que no existe un mínimo acuerdo respecto de lo que se busca en tanto actividad científica. Esto amerita, ciertamente, una reflexión por parte de quienes están inmersos en el estudio del lenguaje acerca de las posibles fuentes de esta situación y de las probabilidades de establecer canales de comunicación capaces de disipar la impresión comentada.

EL CRITERIO DE ORDEN TOMADO COMO OBJETO

La hipótesis que será planteada aquí empieza por reconocer la “dignidad epistemológica” del lenguaje en tanto objeto de estudio para una ciencia particular. Es posible que éste haya sido el sentimiento de los “fundadores” de la ciencia lingüística, tanto en los comparatistas del siglo XIX como en la ya comentada propuesta saussureana de inicios de nuestro siglo. Pero ante la percepción de la complejidad del objeto, los lingüistas sienten la necesidad de establecer teóricamente un criterio ordenador, un norte que dé sentido a los trabajos que sobre los múltiples aspectos del lenguaje es posible realizar. Así, al proponer la lengua como objeto de estudio, afirma Saussure que “es una totalidad en sí y un principio de clasificación. En cuanto le damos el primer lugar entre los hechos del lenguaje, introducimos un orden natural en un conjunto que no se presta a ninguna otra clasificación”⁸. Por su parte, Chomsky escribe que “el desplazamiento [de objeto de estudio, de la lengua exteriorizada a la competencia] tuvo como consecuencia una reclasificación de muchas de las cuestiones tradicionales en el estudio del lenguaje”⁹.

El problema parece haber sido que se ha identificado este principio metodológico de orden con la totalidad del objeto estudiado; Saussure, -para citarlo nuevamente- declara, en este sentido, lo siguiente: “Otras ciencias operan con objetos dados de antemano y que se pueden considerar en seguida desde diferentes puntos de vista. No es así en Lingüística (. . .). Lejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista el que crea el objeto”¹⁰. Si el punto de vista crea el objeto y los puntos de vista pueden, en principio, ser varios, no debe extrañar que se tenga una sola ciencia con distintos “objetos”, excluyentes entre sí, como se ha visto que ocurre en el panorama general de la Lingüística contemporánea. La multiplicidad de aspectos desde los que pueden ser observados los hechos lingüísticos podría haber generado una suerte de desazón en los lingüistas teóricos que reclamaban, para su actividad el estatuto científico. En esta búsqueda de lo específicamente lingüístico ocurre la reducción de todo el objeto a un solo aspecto (o a un con junto limitado de ellos) que se considera como esencial sobre la base

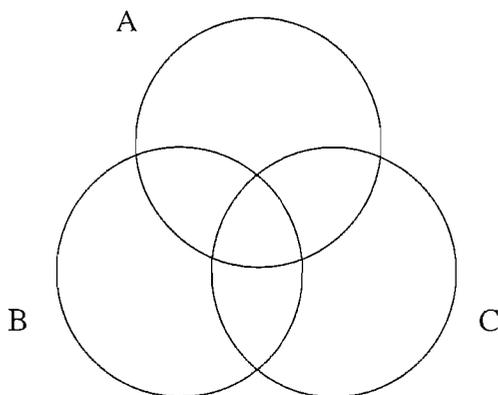
LA LINGÜÍSTICA Y SU OBJETO DE ESTUDIO

de criterios filosóficos, implícitos o explícitos. La posterior reacción frente a estos reduccionismos reivindicará por su parte ciertos aspectos dejados de lado en los paradigmas centrales, con lo cual se multiplican los enfoques y se sientan las bases del conflicto.

LA LINGÜÍSTICA EN LAS CIENCIAS HUMANAS

Al parecer, esta situación no es privativa de la Lingüística. Vistas desde fuera, otras ciencias humanas dan también la impresión de estar internamente divididas en bloques distantes, a veces, abiertamente opuestos; podría ser el caso, por ejemplo, de la Psicología o el de la Antropología. Pareciera que en las ciencias humanas -a diferencia de lo que pasa, por ejemplo, en ciencias naturales- los límites interdisciplinarios son más difusos; por ejemplo, el área limítrofe entre Física y Química ha dado lugar al surgimiento de una disciplina específica encargada de tales problemas, la llamada Físico-química. Es posible que la doble condición de sujeto y objeto del conocimiento que tiene el hombre en este tipo de ciencias o, para expresarlo de otro modo, la irreductibilidad de lo humano, esté justamente en la base de esta diferencia¹¹.

Según la visión que proponemos aquí, y en un intento de representación icónica, el foco de estudio de cada disciplina humana puede ser representado por medio de un círculo tal que está múltiples veces intersectado por otros círculos, los correspondientes a las otras disciplinas. Así, dadas tres ciencias humanas A, B, C, cualesquiera, la imagen icónica sería la de tres círculos intersectados al modo siguiente:



Adicionalmente, la dificultad particular en el caso de la Lingüística podría encontrar también una fuente en el hecho de que lo estudiado es precisamente el instrumento básico que emplean las demás ciencias para estudiar sus objetos correspondientes: el propio lenguaje. Se tendría así, además de la ya señalada identidad entre sujeto y objeto del conocimiento, la identidad entre instrumento y objeto de estudio.

EL “NÚCLEO” DE LA LINGÜÍSTICA

Lo que se acaba de señalar no significa negar la existencia de algo “específicamente lingüístico”. Efectivamente, es necesario que exista cierto sector, por mínimo que sea, tal que no esté intersectado por otros círculos. De otro modo, la existencia de un círculo lingüístico no tendría justificación: las demás ciencias podrían cubrir todo el campo de estudio correspondiente. Se propone aquí que ese “núcleo duro” de la Lingüística puede empezar a buscarse en aquella actividad que se ha llamado tradicionalmente el análisis lingüístico.

Para empezar con la periferia de dicho círculo, puede considerarse, por ejemplo, la relación entre las variedades lingüísticas y su empleo por parte de los distintos sectores sociales. Esto concierne, ciertamente, al lingüista, pero también al sociólogo, quien puede colaborar con aquél y enriquecer la visión de su propio objeto con sus resultados. De otro lado, la variación dialectal tiene una relación inmediata con la llamada geografía humana. Considérense, además, los vínculos entre el lenguaje y la actividad cerebral, lo mismo que la mayor parte de las patologías del lenguaje; ello concierne tanto al lingüista como al psicólogo y al neurólogo. La evolución de una lengua -tarea que, como se ha visto, se pensó en algún momento como lo esencial de la labor lingüística-, preocupa también al filólogo y al historiador. La relación entre el lenguaje y su empleo artístico es menester de lingüistas, pero también de estilistas y críticos literarios. Los diferentes modos en que las culturas “categorizan la realidad” concierne a lingüistas tanto como a etnólogos. Los ejemplos, como es previsible, podrían multiplicarse.

Frente a lo planteado, el análisis lingüístico, entendido del modo más general como la actividad intelectual que busca determinar las unidades pertinentes y las relaciones entre ellas, resulta una tarea principalmente, si es que no exclusivamente, lingüística. Así, por ejemplo, determinar qué es -y qué no es- un fonema, un morfema, una palabra o una frase, es una tarea lingüística por excelencia. Por esto se propone aquí el análisis como posible “núcleo duro” de la disciplina.

Ciertamente, esto no significa que, en la situación actual, el análisis sea impermeable a la diversidad de enfoques. Ni siquiera en la definición de la unidad aparentemente más “natural”, el fonema, existe consenso. Tampoco se sostiene que sea lo único “genuinamente” lingüístico -con lo cual se adoptaría justamente una posición semejante a las que aquí se ha criticado. Al lingüista nada de lo que se refiera al lenguaje debería serle ajeno. Lo que se plantea es que en el terreno del análisis es donde pueden buscarse los primeros necesarios acercamientos entre las diversas posturas, entre los diferentes modos de entender la actividad lingüística.

Esta tarea es, como se comprenderá por lo expuesto hasta aquí, sumamente difícil. Requiere por cierto de un distanciamiento por parte del lingüista en relación con su propio quehacer para buscar los medios más apropiados de convergencia y de diálogo. Proponemos, finalmente, la necesidad de un acercamiento a la idea intuitiva que manejan los no lingüistas, aquella que propone sencillamente al lenguaje como objeto de estudio. Un objeto ‘multiforme y heteróclito’, como se ha reconocido, pero semejante en ello, justamente, al de la mayoría de las ciencias humanas. Para lograr todo esto, la visión interdisciplinaria y la serena y constante reflexión filosófica resultan herramientas valiosísimas e imprescindibles. □

Notas

1. *Varias de las ideas que aquí se desarrollan toman como referencia y punto de partida las presentadas por CARAVEDO, R. “El objeto y los objetos de la Lingüística” En: Lexis, Vol. XIII, N° 1, en particular, las referentes a la caracterización de los paradigmas estructuralista y generativista.*
2. *Para los antecedentes de la Lingüística actual tal como los presentamos aquí, puede verse LYONS, J. Introducción en la Lingüística teórica, pp. 1-50.*
3. *SAUSSURE, F. Curso de Lingüística general, p. 49.*
4. *Ibid., p. 51.*
5. *Ibid., p. 50.*
6. *Cfr: CONTRERAS, H. “La revolución chomskyana” En: O Simpósio de Sao Paulo. Atas, pp. 77-85.*
7. *Cfr: ELIZAINCIN, A. “La Lingüística de fin de siglo: nuevos objetos, nuevos caminos”. En: Lexis Vol. XVIII, n° 1 pp., 45-54.*

8. SAUSSURE, F. Op. cit., p. 51.
9. CHOMSKY, N. El conocimiento del lenguaje. p. 57.
10. SAUSSURE, F. Op. cit., p. 49.
11. Cfr. MONTEAGUDO, C. La subjetividad en las Ciencias Humanas, pp. 5-11.

BIBLIOGRAFÍA

- CARAVEDO, Rocío
1989 "El objeto y los objetos de la Lingüística" En: *Lexis*, Vol. XIII, N° 1.
- CHOMSKY, Noam
1989 *El conocimiento del Lenguaje*. Madrid: Alianza Editorial.
- CONTRERAS, Heles
1969 "La revolución chomskyana" En: *O Simposio de Sao Paulo. Atas*. Sao Paulo: PILEI/Universidad de Sao Paulo.
- ELIZAINCIN, Adolfo
1994 "La Lingüística de fin de siglo: nuevos objetos, nuevos caminos" En: *Lexis*, Vol. XVIII, N° 1.
- LYONS, John
1986 *Introducción en la Lingüística teórica*. Barcelona, Teide.
- MONTEAGUDO, Cecilia
1994 *La subjetividad en las Ciencias Humanas*. Lima: Cuadernos de investigación PUCP/IRA.